

Discurso del Presidente de la República en 15° Aniversario Plebiscito 1988
SANTIAGO, 5 de octubre de 2003.

Por las razones que bien conocen no me es posible estar físicamente con ustedes. Pero quiero hacerles llegar mi saludo en este día en que celebramos el día más jubiloso para la democracia chilena en el siglo XX.

El 5 de octubre de 1988, las chilenas y chilenos recobramos nuestro sentido de ciudadanía; ejercimos, como tantas veces antes en nuestra larga tradición republicana, el poder soberano del voto. Y con ese poder ciudadano, pacífico, civilizado, abrimos una nueva etapa en nuestra historia.

Ese día las chilenas y chilenos abrimos las puertas a la democracia, abrimos paso a la libertad, al pleno respeto de los derechos humanos. Ese día las chilenas y los chilenos recuperamos nuestra voz y nuestra dignidad. La alegría de la libertad fue más fuerte que el miedo. En ese acto la mayoría de los chilenos le dijimos NO a la arbitrariedad, NO al miedo, NO a la indefensión. Con ello ganamos todos.

Así como hubo múltiples razones para estar con el NO, también hay múltiples maneras de conmemorarlo. En todos los rincones de Chile, en todos los hogares, en todos los pensamientos, y sobretodo en la conciencia de los chilenos. También aquéllos que en ese momento tenían otra posición, pero que hoy comprenden que ese "NO" ha permitido a Chile recuperar su dignidad y dar un salto gigantesco en su cohesión social, en sus libertades y en su integración al mundo.

Aquí estamos reunidos los responsables de la Concertación de los Partidos por la Democracia y de los gobiernos que desde marzo de 1990 fuimos mandatados por el voto popular para dirigir la reconstrucción democrática y encauzar el camino de progreso y libertad al que la gente aspiraba.

También están aquí muchos artífices de la campaña del NO, organizadores, creadores, artistas y figuras públicas, a quienes Chile les debe y les deberá siempre mucho por su acción decisiva en tiempos difíciles.

El recuerdo nos llena de emoción. Nos obliga a reflexionar sobre el presente, y también a imaginar el futuro.

Recordamos el 5 de octubre de 1988 como una gran gesta ciudadana, que surgió desde abajo, de la voluntad de la gente por recobrar su libertad, de su entereza que derribó muros que parecían infranqueables, de su voluntad de ser que fue más fuerte que el miedo y el poder absoluto.

Esa marca que abrió las puertas a la democracia la debemos tener siempre presente: esa fuerza serena, profunda, generosa y plural. No somos fruto de acuerdos o maniobras menores. Somos fruto de una gran construcción que superó divisiones muy largas y nocivas para Chile, somos fruto de la sensatez, del compromiso con la gente. Somos primero que todo y antes que nada, una fuerza moral. ¡Nunca debemos olvidar que allí está nuestro origen, nuestra identidad, nuestra fuerza!

Ese origen está y debe estar presente al enfrentar las tareas de hoy como igualmente

presente deben estar las aspiraciones de un Chile cada vez mejor. Nada nos ha sido regalado ni fácil. No tengo dudas que quedan aún muchos sueños por plasmar, pero que podemos mirar con orgullo el camino recorrido por muchos gobiernos.

Con el Presidente Aylwin iniciamos la restauración de las libertades, la recuperación de la fe en nosotros mismos, construimos la reconciliación entre los chilenos basada en el valor de la vida, la justicia, y la solidaridad. Con el Presidente Frei asumimos la modernización de Chile, iniciamos las grandes reformas en educación, en infraestructura, en los procedimientos de la Justicia.

Nuestra gestión actual, enfrentando con éxito los efectos de una crisis mundial, se ha propuesto metas también muy altas: insertarnos plenamente al mundo, acelerar el crecimiento, eliminar la extrema pobreza en nuestra Patria, dar un salto tecnológico, reformar la Salud, continuar los avances en derechos humanos y en derechos ciudadanos, reforzar en los hechos nuestra idea de República plasmando plenamente la democracia en la Constitución. Estamos logrando más prosperidad, más justicia social, más libertad y un fuerte renacimiento de nuestra vida cultural. Una sociedad más plena, más diversa, más rica y más abierta. En una palabra, caminamos con optimismo hacia un Chile desarrollado con justicia y equidad.

Los gobiernos de la Concertación hemos sido capaces de tener éxito en grandes tareas. Éxito que no es sólo mérito nuestro, ha sido posible también por una voluntad más amplia en la que han tomado parte crecientemente todos los sectores civiles y militares, trabajadores y empresarios, partidos de Gobierno y también de oposición.

No sólo tenemos una responsabilidad con el presente sino también con el futuro. A la Concertación, junto con sustentar las tareas del Gobierno, le corresponde pensar el futuro, plantearse las nuevas tareas que deben hacernos llegar al Bicentenario en el umbral del Desarrollo. Encaminar nuevos avances de la libertad y la equidad.

Así como el tránsito de la dictadura a la democracia requirió de una vasta coalición y grandes acuerdos nacionales, también el salto hacia el desarrollo que estamos emprendiendo debe abordarse con grandeza, unidad y sentido nacional.

Esa es una tarea superior que no admite cálculos mezquinos. Por cierto que cada componente de la Concertación tiene su propia historia, su identidad de la cual está orgulloso y quiere desarrollarla.

Pero ello no dará los frutos esperados si no es capaz de elevarse por sobre las expresiones de parte. Será fecunda si se conjuga con el alma de Chile, con su fuerza moral, con su gente en todos los rincones de nuestro territorio. Ello le dio la victoria a Chile ese 5 de octubre de hace 15 años, y sólo esa fuerza puede hacer grande a la Concertación. La gente, los ciudadanos, los independientes se reconocen en la Concertación cuando la ven generosa, grande y patriota.

De nosotros depende entonces cómo se plasmará esta herencia grande y como se proyectará al futuro. De nuestra unidad, transparencia, honestidad, eficiencia, de nuestra imaginación y compromiso, de nuestra lección moral y espíritu de servicio público, de nuestra grandeza como dirigentes, como servidores públicos.

La Concertación es más que la suma de sus partidos, es una realidad ciudadana, cultural y política, plural y avanzada que Chile necesita hoy tanto como ayer, y la necesitará también mañana. Es y debe ser la alegría de la libertad, llamada a superar las fuerzas retrógradas del miedo. Ayer y hoy. Hoy y mañana.